



UNA OPINIÓN SOBRE LA MUJER

(EL DISCURSO DEL MARQUÉS DEL BUSTO EN LA
REAL ACADEMIA DE MEDICINA.)

EN algunos periódicos he leído días atrás quejas de que aquí no se presta atención al movimiento científico; de que las especulaciones de nuestros pensadores caen en el vacío, y no hallan eco, sino silencio. — No soy yo quien puede remediar este daño, si tal daño existe; y quizá, aunque estuviese en mis medios coadyuvar á remediarlo, no estaría en mi voluntad, porque en las contadas materias en que no soy absolutamente profana, me causa tristeza la dirección y carácter de ese movimiento científico, y prefiero ignorarlo.

Verbigracia : yo he procurado saber lo que se piensa en Europa respecto á los problemas que entraña la educación y

condición social, jurídica, política y económica de la mujer. Pues bien : cada opinión española que leo me deja fría, causándome un desaliento infecundo y amargo. Si en este punto concreto, del cual tengo algunas noticias, advierto tal deficiencia de seriedad y de información, y de esa noble sed de verdad que caracteriza al indagador científico, ¿no sucederá otro tanto en las materias que totalmente desconozco? ¿A qué perder tiempo en estrujar un limón sin zumo?

Es la llamada *cuestión de la mujer* acaso la más seria entre las que hoy se agitan. No porque haya de costar arroyos de sangre, como parece que va á costar la social (con la cual está íntimamente enlazada); sino, al contrario, porque, teniendo soluciones mucho más prácticas y de más fácil planteamiento, aunque hoy aparezca latente, vendrá por la suave fuerza de la razón á imponerse á los legisladores y estadistas de mañana, y parecerá tan clara y sencilla (no obstante sus trascendentales consecuencias) como ahora

se les figura de intrincada y pavorosa á los cerebros débiles y á las inteligencias petrificadas por la tradición del absurdo.

Y cuenta que, en esto de la tradición del absurdo, no me refiero á los partidarios de determinadas ideas políticas ni religiosas. Punto es el de la situación de la mujer en que coinciden y se dan la mano racionalistas y neo-católicos, carlistas y republicanos federales. A éste sí que le llamaría Feijóo *error común*: lo es hoy en España casi tanto, y no sé si diga más en cierto respecto, que cuando el insigne Benedictino escribió su *Defensa de las mujeres*. En el TEATRO CRÍTICO de Febrero hube de combatir ideas del Sr. González Serrano, pensador racionalista, que sólo pueden tener digno *pendant* en las que en su Discurso emite el señor marqués del Busto, título pontificio y médico poeta en prosa.

Y cuando digo *ideas*, me parece que peco de lisonjera. No lo son ni aun en la primer acepción que da á la palabra *idea* el Diccionario: "simple conocimiento de

alguna cosa „. Para ser exacta, debí incluir las en el número de los que Heriberto Spencer llama “prejuicios de educación, prejuicios de clase, prejuicios políticos, prejuicios teológicos „, base de las “dificultades subjetivas, intelectuales y emocionales „ que atascando la corriente del juicio la dejan estancarse y corromperse, exhalando pestilencial hedor.

Yo sólo daría el glorioso nombre de ideas (en la acepción especulativa del vocablo) á los conceptos que, madurados por el raciocinio, abillantados por la buena fe, dignificados por el instinto de justicia, descienden del cerebro del pensador á iluminar y allanar la ruta de la humanidad. Puesta la mira del pensador en ensanchar los dominios de la razón, y guiado por instinto admirable de abnegación intelectual, prescinde de sus intereses y de sus pasiones (origen de los *prejuicios* de Spencer), y pronuncia el *verbo*, el *verbo* puro.—Así (en la esfera de la acción) se han visto siervos redimidos por los señores, esclavos libertados por sus

dueños, madres como la de los Macabeos que sacrificó el fruto de sus entrañas á la verdad.— Llamad *pensador* únicamente al que *piensa y habla* como éstos *obraron*; al que no ve en un problema social pretexto para disertaciones más ó menos galanas, sino asunto de reflexión, estudio, y manifestación del leal saber y entender, ajeno á todo propósito sectario ó catequístico; al que para opinar de socialismo olvida que es proletario ó propietario, para opinar de formas de gobierno que espera ó recibe algo de alguna, y para discurrir respecto á la mujer, que es varón y que le desagradaría ceder un ápice de los privilegios que le otorga ampliamente nuestra legislación sálica y nuestra organización social, la cual podría tener por *esquema* un embudo.

Al leer al frente del discurso del señor marqués del Busto este título que engolosina "Problemas morales, sociales y políticos que resuelve el estudio médico de la mujer", confieso que abrí tanto ojo. No porque yo esperase encontrar en

el Sr. Marqués un aliado ; pero aguardaba un adversario provisto de argumentos, hasta de sofismas, que suscitasen en mí pensamientos nuevos y varios, y fecundasen por la contradicción mi propia tesis. Un médico, y médico de fama, el discípulo predilecto del Dr. Asuero, un especialista en ginecología, ¿no es cierto que cuando pone las manos en tan delicada cuestión, cuestión tan maltratada por la vulgaridad como intacta ó punto menos para el pensador original y vigoroso, diríase que está obligado á cierta novedad y profundidad, á no repetir lugares comunes, marchitos hasta en la vestidura con que se envuelven?

Por lo mismo no puedo entrar en detenido análisis del discurso del Sr. Marqués. Me lo impiden juntamente lo manoseado del fondo y el lirismo inoportuno de la forma. Sólo haré de pasada alguna breve reflexión que corrobore lo ya apuntado, ó sea mi desaprobación explícita del discurso en su forma y en su fondo.

El error fundamental que vicia el crite-

rio común respecto de la criatura del sexo femenino (error en que el Sr. Marqués cae de lleno), es el de atribuirle un destino de mera relación; de no considerarla en sí, ni por sí, ni para sí, sino en los otros, por los otros y para los otros. De fijo que el Sr. Marqués se tiene á sí propio por espiritualista refinado y amengado, y, sin embargo, da en el grosero materialismo de considerar que el fin de la existencia de un ser racional puede estar condicionado, en primer término, no por la racionalidad que le otorgó el Criador para distinguirlo de la bestia, sino por las consecuencias de la función de aparatos y órganos destinados á la reproducción y conservación de la especie, que nos son comunes con los irracionales. Pues, en efecto, y descartada la fraseología que la reviste á guisa de charro pañolón manileño, no otra cosa significa la sobada afirmación, que adopta el Sr. Marqués, de que "la mujer ha nacido para el amor como esposa y madre". En cierto sentido, la afirmación es palmaria, como

lo sería la recíproca del hombre; pues si la mujer nació para esposa de su esposo y madre de sus hijos, no creemos que para esposo de la mujer y padre de esos mismos hijos haya nacido el caballo de Semíramis ó el toro de Pasifaé. Risa interior, risa muda, la que causa ver derrochar tantas páginas de impresión en establecer lo que nadie había derrocado, en afirmar lo que nadie niega, en emular las sinonimias de Perogrullo... ó aquella rondilla famosa :

«Las mujeres parirán
Si es que antes concibieron...»

etcétera, etc.—La atracción sexual, fuente de la unión conyugal, y el instinto reproductor, ley de la naturaleza que impone la filogenitura en beneficio de las generaciones nuevas, han sido, son y serán móvil poderosísimo de las acciones humanas — humanas, entiéndase bien, de varones y hembras, que forman la humanidad;—mas ni son el móvil único ni el único fin de la criatura racional, ni han

de ofrecerse en ningún caso como negación ó limitación forzosa de otros móviles y fines altísimos, como el social, el artístico, el político, el científico, el religioso, ni siquiera al ejercicio de la libertad individual indiscutible, que implica el derecho absoluto al cèlibato y á la esterilidad. Si esa vieja tesis del destino de la mujer, identificado con el de la gallina sumisa y ponedera, prevaleciese, tendríamos que repetir las diatribas de ciertos pseudo-filósofos que ponen á las monjas de ropa de pascua, porque, ¡oh traición, oh deserción cobarde!, faltaron á su deber no aumentando la prole de Adán con un par de mamoncillos... Dice Schopenhauer que todo absurdo echa flor de contradicción: y contradictorias son, en efecto, en el discurso del Sr. Marqués, las apoteosis de la virginidad y las condenas á trabajos forzados maternales; y contradictorio tanto maldecir de la prostitución, al paso que cierra á la mujer el camino de profesiones cuyo honrado ejercicio podría salvarla de la miseria, que de diez veces

nueve conduce á la ciénaga del amor venal... Siempre tropezamos en lo mismo, en el concepto *relativo* del destino de la mujer. Dependiente de los azares del matrimonio, si tiene esposo tendrá honra, virtud y pan. Mas si se queda para vestir imágenes, ó no encuentra en el compañero el sostén que buscaba..., entonces la estrechez, el hambre ó el infame oficio que también, ¡también!, es un *relativismo*, porque depende del capricho viril...

El Sr. Marqués, partidario de que la mujer ha venido á este planeta "para dar felicidad y para sentir dolor", (¡amena perspectiva!), entiende que las mujeres no deben ser nada, y menos que nada *médicas*. De parte de un médico, esta exclusión me recuerda el malicioso cuentecillo del gitano, que decía: "No arrempuje V.. He oído en París sostener opiniones bien distintas de ésta al director del Asilo de Santa Ana. Según aquel doctísimo facultativo, las alumnas de medicina eran en su clínica más puntuales, aplicadas é inteligentes que los varones; y por la mo-

ralidad de sus costumbres, podían servir de ejemplo á todos. En rigor, esto de la moralidad carece de importancia absoluta desde el punto de vista científico : no obstante, debe tenerse muy en cuenta, ya que es el caballo de batalla de los que *sienten* (el verbo *pensar* no he de escribirlo) como el Sr. Marqués, y declaran incompatible "el pudor y el propio decoro de la mujer," con "cierto género de estudios anatómicos y fisiológicos del hombre y el de ciertas clases y causas de enfermedad," y con "determinadas y ruborosas indagaciones é interrogatorios," y las "exploraciones quirúrgicas en regiones determinadas,". Mal librado sale de estas observaciones el "pudor," y el "propio decoro," de las Hermanas de la Caridad en hospicios, hospitales y ambulancias, donde sus manos y sus ojos y su cerebro y su espíritu andan siempre ahitos de ver, tocar, conocer y distinguir "ciertas clases y causas de enfermedad," siendo completo su conocimiento práctico de los pormenores "anatómicos y fisiológicos del hom-

bre... ¿A que el Sr. Marqués no cree que por eso estén manchadas de impudicia las Hermanas de la Caridad? Yo tampoco lo creo, y las tengo, al contrario, salvo excepciones que ignoro, por nobilísimas mujeres; sólo equiparo á la santa misión caritativa, la santa misión científica, que, como no ignorará el Sr. Marqués, se confunde con la primera muchas veces, imponiendo abnegaciones y sacrificios bastante análogos; y suponiendo que el señor Marqués tendrá de la profesión que ejerce tan alta idea como yo, por lo menos, cáusame asombro profundo ver que la presenta cual pudieran los caricaturistas del *Demi-Monde*: como origen de equívocos roces y satisfacción de malsanas y feas curiosidades.

De tal modo perturba el juicio la defensa de una mala causa, que el Sr. Marqués, por negárselo á la mujer casi todo (excepto el derecho á parir y los labios rosados y los ojos brillantes y parleros), le niega hasta su aptitud reconocidísima *para reinar*; y en el país de las Beren-

guelas, las Marías de Molina, las Blancas de Castilla, en el país donde la musa dramática celebró *La prudencia en la mujer*, dice con admirable aplomo que "sólo como muy honrosa excepción tenemos una *Isabel la Católica* que presentar como modelo."

Ya se sabe que no me he propuesto impugnar todo el discurso del Sr. Marqués, ni casi lo juzgo impugnable, porque repito que ni encuentro allí la solidez del raciocinio, ni siquiera el ardor de la diatriba, que excita á la réplica. Como señal del período romántico y retórico en que se estacionó y persiste aún gran parte de nuestra literatura científica, reflejo, ¡ay!, de nuestra cultura y nuestra elaboración intelectual cuando no traducimos (y aun en traducir vamos atrasados), me ha parecido que correspondían al susodicho discurso algunos renglones de censura. Si quisiera meterme en harina de pormenores y adornar este artículo, que escribo llena de melancolía, con notas festivas, no me faltaría dónde encontrarlas; v. gr.,

en aquellos signos de "autoridad masculina," que la Naturaleza concede en la frente á ciertos animales, ó en lo de que la mujer contiene y abarca y presenta "modelos de todo lo psíquico de todos los animales," cosa que, ó no la entiendo, ó trasciende á azufre de herejía gorda. Mas ni está el horno para bollos, ni yo para bromear en estas cuestiones..., aunque, bien mirado, sería tal vez la mejor crítica.

